



Ir allí

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

Algunos de nosotros, seres afortunados, contemplaron unas décadas atrás esta visión magnífica: la Tierra amaneciendo sobre el horizonte de la Luna, asomando tras esa superficie gris, antigua y apenas modificada desde casi el inicio del Sistema Solar. El último de ellos lo hizo en 1972, hace casi cuarenta años. Nadie más, desde entonces, ha tenido una nueva oportunidad.

Tal vez va siendo hora ya de regresar allí, y que las personas (y no sólo militares adiestrados) puedan transmitir qué se siente al pisar un mundo extraño a medio

millón de kilómetros del tuyo, el que te vio nacer a ti y a toda la Humanidad, y que aparece como una esfera frágil de color suspendida en el vacío. Debe ser todo un espectáculo.

Por qué habríamos de hacerlo, se preguntan algunos, por qué volver a la Luna (y aún más allá) si enviando naves no tripuladas, más económicas y seguras, obtenemos los mismos conocimientos a un coste y riesgo mucho menor. Quizá en los tiempos actuales, con el caos que sufren los sistemas financieros y económicos,



TIERRA CRECIENTE (Apolo VIII FOTO: NASA)

nadie consideraría muy en serio la posibilidad de los viajes interplanetarios, dados los presupuestos requeridos, pero una vez recuperados y saneados dichos sistemas (o quién sabe si reemplazados por otros más sabios y justos) tal proyecto debería estar entre nuestras prioridades. Y por motivos no relacionados, o no sólo, con el beneficio que toda la tecnología empleada nos pudieran reportar en la Tierra.

Se trata, más bien, del anhelo, del ímpetu que todos tenemos de exploración, de aventura, también de arriesgarnos, de ir más allá, de descubrir... Ímpetu, deseo y anhelo que necesitan ser saciados, una vez la Tierra se nos queda pequeña. Y aunque puedan cumplir bien sus funciones los instrumentos, dispositivos y robots artificiales, para lograr un éxito total se precisan ojos, inventiva e imaginación humana.

Debemos ir nosotros. Poco a poco, sin urgencias, paso a paso, corrigiendo errores, mejorando la seguridad, evitando gastos innecesarios, aprendiendo de simulaciones o de proyectos realizados en la Tierra, etc. Acudiremos primero a la Luna porque es un objetivo fácil (o casi); tal vez establezcamos colonias, viviremos allí un tiempo, ensayaremos técnicas y tácticas para ser más eficientes empleando los materiales disponibles, y trataremos de usarla como catapulta que nos impulse a otros mundos, más lejanos y aún más apasionantes.

Después, Marte, algún asteroide, viajes largos a los sistemas planetarios externos, otras estrellas... todo un Universo por explorar. Puede que las travesías más duraderas (a Próxima Centauri, por ejemplo, el astro más próximo) no sean viables, ni ahora ni nunca. Pero quién sabe. Aunque Einstein ya nos enseñó las dificultades de un viaje interestelar, tampoco podemos excluir un hipotético descubrimiento en materia de transporte que nos lleve a las estrellas dentro de, quizá, uno o dos siglos. Es imprevisible; simplemente no sabemos qué podemos conocer, ni cómo aprovechar ese saber, para entonces. Del futuro sólo sabemos que vendrá, pero no qué será, ni cómo.

Pero, con todo, el primer paso, el escalón inicial, es la Luna. La Luna que nos guiña su ojo, que enseña su

rostro manchado, y que parece enseñarnos el camino para penetrar en el Cosmos. Sin ella, sin su luz ajena y su faz salpicada de grises, repleta de cordilleras y mares resecos, quizá nunca nos hubiéramos aventurado al espacio. Fue ella la que nos llamó, la que señaló que era un objetivo a alcanzar, una tierra nueva que hollar.

Fuimos, en efecto, pero apenas tuvimos tiempo para quedarnos allí. Recogimos unos pocos pedruscos, correteamos por la superficie antiquísima y levantamos su polvo antediluviano, plantamos necias banderas y dejamos chatarras personales. Pero hoy no la hemos olvidado. Seguimos viéndola allá arriba, anclada al cielo, y la llamada sigue tentándonos. ¿Quién no la ha sentido alguna vez mientras contemplaba una Luna llena, diosa de la luz, quién no ha querido alguna vez llegar allí, entrar en sus cráteres inmaculados, pasear dando ligeros saltos sobre esa tierra silenciosa e inmemorial...?

Un primer paso no es nada si no hay segundo que le sigue y da sentido a aquel. Ya dimos el primero; el segundo es volver. Miremos la Luna una vez más y sintamos de nuevo la llamada. El futuro, el nuestro, el de todos, está allí. Y aún más allá.